

*PRIMEROS PASOS DEL NUEVO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS
UNIDOS EN LOS PROBLEMAS INTERNACIONALES*

Dejo hoy mi querido mundo árabe, sumergido en una lucha que hace mucho que empezó, pero que no se sabe cuándo acabará ni si acabará alguna vez, porque no se puede llamar acabar a breves treguas sujetas con hilvanos harto endebles. Lo dejo para tomar contacto con el panorama actual perteneciente a otro paisaje, cuyo ambiente también he tenido ocasión de vivir una temporada, no muy larga, pero sí con la suficiente intensidad y en un medio muy apto para percibir sus afanes, sus objetivos y los medios para conseguirlos o mantenerlos. Por el título ya saben los lectores a qué país me refiero. El medio lo constituyó la Escuela de Guerra Especial, en Carolina del Norte, con estancias en lugares tan dispares, como la gran urbe neoyorkina, la capital federal y el pueblecito de Pembroke, junto a las selvas de Georgia. Mis interlocutores oscilaron desde profesores expertos en política, sociología, asuntos internacionales, psicología social, estrategia y un sinfín de cosas más, hasta sencillos obreros o comerciantes conviviendo en un modesto hotel del citado pueblecito sureño, además de compañeros pertenecientes a 22 naciones. Hemos analizado comunicados oficiales que en su día fueron piezas importantes, trozos de discursos o mensajes de los Jefes de Estado y Gobierno de las principales Potencias, particularmente de su presidente entonces, el llorado Kennedy, que fue el que dio su impulso principal al conjunto del Centro de Guerra Especial; formador, entre otros, de los famosos «boinas verdes», imitados después en todo el mundo occidental. La guerra especial es la defensa erigida por Norteamérica contra la guerra revolucionaria iniciada por Lenin y seguida por discípulos tan brillantes como Mao, Ho y el «Che». Kennedy, al impulsar su acción, quiso demostrar que no bastan los potentes medios—de combate material con armas y de combate psicológico con los medios de comunicación en masa—que el

poderío económico del país le permiten, sino que precisan del hombre valeroso y lleno de fe en un ideal que no sea sólo el de bienestar material. Por eso quiso que ese centro fuera una escuela de hombres esforzados, entrenados en el sacrificio y la fatiga y usando las armas de la persuasión más que las de la violencia en su lucha con enemigos a los que más que vencer hay que convencer. Con ello la victoria pertenecerá a ambos combatientes y su fruto será una verdadera paz y libertad.

Eran tiempos en que ya se comenzaban a abandonar los conceptos de una rígida contención de la U. R. S. S. en sus fronteras continentales alcanzadas después de la guerra y la no menos rígida estrategia de la represalia masiva. La elegancia intelectual del presidente Kennedy iniciaba el juego de la respuesta flexible y el diálogo con el enemigo para superar las angustias de la guerra fría. El atractivo de su imagen contrastaba con la cazurrona rudeza de Krushev golpeando su zapato en el pupitre de la O. N. U.; pero sabía mostrarse enérgico, sin alharacas, como sucedió en la retirada de los cohetes de Cuba.

No fue excesivamente brillante, en mi modesto juicio, la época de su antecesor, el general Eisenhower, aunque hay que tener en cuenta que estaba aún cercana la herencia de Roosevelt, que fue el que dejó los graves problemas políticos en que luego se ha visto envuelto su país, al no tener una política lo suficiente enérgica o con visión de porvenir para lograr mantener en la órbita de Occidente a la mayor cantidad posible de Europa oriental. Luego sus inmediatos sucesores tampoco lograron hacer lo mismo con el Sudeste asiático y Oriente Medio. Aquella época fue la de la política que se ha llamado de apaciguamiento, a la que tuvo que seguir la de contención, que no fue lo suficiente dinámica para contrarrestar cuando hizo falta.

Con Eisenhower, el hoy presidente Nixon comenzó a curtirse en esta clase de problemas, pues aquél lo tuvo de viajero, encargándole misiones como la visita a Moscú, en la que tuvo ocasión de pulsar directamente a los más directamente interesados en crear obstáculos a su país y donde tuvo su famosa controversia con Krushev. También se recuerda la que hizo a Venezuela, donde tan mal recibido fue, y, en fin, muchas más de las que realizó a cincuenta y seis países durante sus ocho años de vicepresidente. Estos viajes y las tres graves enfermedades de Eisenhower, durante las cuales tuvo que hacerse prácticamente con la presidencia, tomando parte en reuniones de suma importancia con personajes clave de la política norteamericana y de

la de otros países, le fueron imponiendo en el difícil arte de manejar los palitos de la dirección política de un país que es la primera potencia mundial, sin poderse inhibir, por tanto, en ningún asunto de cierta importancia que sucediera en cualquier lugar del globo.

La política exterior norteamericana durante este período, a pesar de estar dirigida por el «duro» Foster Dulles, no fue, sin embargo, ni todo lo enérgica que precisó el país ni mucho menos la que precisó Occidente, cuyos destinos dirigen los Estados Unidos. Tampoco fue fácil para el diálogo y quizá por eso no consiguiera el triunfo Nixon al presentarse por primera vez a la presidencia, derrotado por el empuje del equipo intelectual de la «Nueva Frontera», encabezado por el que ya empezaba a ser «mito Kennedy». Este, a más de su atractivo personal, echó en el juego el de su equipo de intelectuales de la Universidad de Harvard y el de su joven e inquieta esposa. Las balas truncaron las esperanzas que prometían su juventud y su idealismo y quebraron la continuidad de la línea por él iniciada al pasar el poder a manos de una persona completamente opuesta a él en psicología. Una persona que pasaba por ser un «político de oficio» o lo que, en lugar de un «ratón de biblioteca», podríamos llamar un «ratón de Senados y Congresos». Político que conoce las pequeñas realidades, político no salido de la teoría de la Universidad, sino artesano de la lucha de pasillos. El querrá seguir la línea que le legó su sucesor y conservará su equipo de los Mac Namara, Rusk y Rostow, pero la línea se le torcerá y mientras se desgastará en una tremenda lucha que se reflejará en la expresión cansada de su rostro y el montón de arrugas que tenía al final de su mandato. Al disminuir su prestigio no había en el campo demócrata ninguna figura de sobresaliente relieve, salvo Robert Kennedy, por su condición de hermano del «mito» y por su juventud. Es el momento escogido por Nixon para saltar a la palestra otra vez. Antes ni estimó conveniente presentarse a candidato por su partido, dejándole la *chance* al senador Goldwater, que disponía a sus espaldas del apoyo de los mismos que ahora han dado nada menos que diez millones de votos al candidato que se presentaba por un nuevo partido: el de los conservadores extremos.

La derrota que sufrió a manos de Kennedy dejó una gran impresión en su alma, pues a ella se ha referido en repetidas ocasiones, pero no consiguió hacerle perder sus ilusiones. Le maduró para su actuación futura y fue premiado con el triunfo. El ha dicho:

«La derrota es una mayor prueba para el carácter que la victoria.»

Y en otra ocasión:

«Me siento más persona, más fuerte y mejor ahora que en 1960, pues he pasado por el fuego de dos derrotas.»

Y aún otra:

«Una gran filosofía nunca lo es sin ninguna derrota. Lo importante para un hombre o una mujer es que entre en la batalla, que acuda a la arena, que participe realmente.»

Se ve que la palabra derrota está clavada en su espíritu a sangre y fuego, pero no para inhibirle, sino para estimularle en una lucha tenaz, paciente y perseverante—que esa parece ser su característica—, con espíritu que solemos llamar deportivo.

Tampoco cabe negarle la suerte a Nixon, pues en su partido no ha tenido rival verdaderamente calificado para disputarle el nombramiento de candidato y al partido demócrata lo ha cogido en una crisis, con un Johnson desgastado, con un Humphrey a quien los resortes del poder y la ayuda del presidente no han servido para alcanzar la victoria, combatido por personas del empuje de Mac Carthy y Robert Kennedy, y por último, con éste puesto fuera de combate del mismo modo que su hermano.

La lucha de Johnson, que desgastó a él y a su partido, ha sido muy dura. Kennedy tenía la ilusión de su *Gran Proyecto*, de una unión estrecha con Europa. Johnson lo abandonó para comprometerse cada vez más en las orillas del otro mar, el Pacífico, y poco a poco el Vietnam fue costando más al país en vidas, en dinero y en malestar interno, sin conseguir humillar a su modesto oponente del Norte. Tampoco consiguió resolver la cuestión racial al no poder dar en un mínimo las satisfacciones pedidas por los negros, que veían asesinado a su máximo líder, dejando el problema como número 1 en la política interna norteamericana a su sucesor. En otra cuestión candente exterior, la de Oriente Medio, se limitó a prestar un apoyo unilateral a Israel, sin concesiones a los países árabes, dejando que se llegara a la explosiva situación actual, con el consiguiente avance de la U. R. S. S. por el suyo a los árabes en el Mediterráneo e Indico. En realidad fue un avance a causa del vacío dejado por Inglaterra y Estados Unidos en dicha zona—los últimos, por su excesivo compromiso en el Sudeste asiático, abandonando un poco a Europa—, y ésta es la situación que Nixon parece quiere modificar. En esto se ha visto ayudado en cierto modo por Johnson, que ya dejó iniciadas unas conversaciones de paz con los nordvietnamitas y el Vietcong.

Antes de hacerse cargo de la presidencia, en una ceremonia que llegó a millares de hogares de todo el mundo y con aire religioso-familiar, medio ceremonioso y medio informal, él ya había cambiado impresiones con algunos de sus futuros colaboradores más importantes, especialmente con su consejero en asuntos de política exterior. Henry A. Kissinger, de cuyo sólo nombramiento sacaron las revistas y diarios americanos gran cantidad de deducciones y perspectivas futuras. Esto y su experiencia anterior le permitió tomar iniciativas rápidamente en el campo en que él se muestra más orgulloso de conocer: en el de los asuntos exteriores. Pero antes de entrar en esta materia, principal objeto de este artículo, hagamos una somera exposición de los principales problemas que él entendió le legó su antecesor.

El problema número 1 es el de la guerra de Vietnam, en la que hasta la fecha Norteamérica no ha logrado hacer desaparecer al Frente Nacional de Liberación, ni éste, ayudado por Vietnam del Norte, tampoco ha podido apoderarse del país. Los deseos expresados hasta ahora son de comenzar a retirar este año de 50.000 a 100.000 hombres y disminuir el coste actual de la guerra de 28.000 millones de dólares en una cantidad que se fija entre tres mil y diez mil millones. Para esto se espera que el ejército de Vietnam del Sur, mejor instruido y dotado de mejor armamento, asuma una mayor responsabilidad y participación en la carga de la defensa de su sistema.

El problema número 2 es lo que el presidente ha llamado «barril de pólvora de Oriente Medio», en que las posiciones irreductibles que estudiamos en nuestro anterior artículo en esta revista¹ no se han suavizado y más bien diría yo que se han enconado, en contra de la creencia, con cierto optimismo, de algunos—pocos, ciertamente—que al oír hablar de tantos planes para arreglar el conflicto pensaban había posibilidades de alguna solución, aunque fuera transitoria. Como dije en mi artículo anterior citado, opino que no hay ninguna solución aceptable, pues los más directamente interesados, palestinos árabes e israelíes, mantienen posiciones muy difíciles de llegar a la armonización. El hecho que se ha presentado para los Estados Unidos es el de una pérdida grande de prestigio ante las masas árabes de todos los países, sin excepción, y un avance importante de su rival soviético hacia las grandes vías marítimas del Mediterráneo e Indico.

Hemos citado los grandes problemas del Sudeste asiático y Oriente Medio,

¹ F. FRADE, *El conflicto árabe-israelí, sin solución aceptable*, "Política Internacional", número 101, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, enero-febrero 1969.

y en seguida se sucede el tercero en la preocupación de los grandes: Europa. Para unos, la oriental, con el punto de intranquilidad surgido en Checoslovaquia, y para los Estados Unidos, la occidental, con sus dificultades para unirse de un modo más estrecho y por la alergia que algunos de sus políticos sienten a la tutela norteamericana. El panorama que aquí se presenta es el de una Alemania que preocupa a muchos. Dominante desde el punto de vista potencial económico, con un ejército de medio millón de hombres al que no agrada la estrategia de la *respuesta flexible*, por pensar, con lógica, que la primera batalla en un hipotético encuentro con las poderosas fuerzas convencionales comunistas se daría en su suelo y que no ve satisfechas sus aspiraciones de un acceso al arma nuclear ni a la decisión de usar ésta, no puede pensarse sea aceptada por sus compañeros europeos como líder político. El resto de las potencias europeo-occidentales, más fuertes, Francia, Inglaterra e Italia, tienen, excepto la última, grandes dificultades en el aspecto económico. Francia lucha por ahorrar divisas y por dejar una nación estable cuando desaparezca De Gaulle, e Inglaterra necesita desesperadamente de la ayuda de los Estados Unidos con sus «relaciones especiales» para no acabar en el caos económico. Todas, incluidos los Estados Unidos, desean que caiga un mayor peso en la cuestión defensa sobre su ex vencida, a la que tienen envidia por su gran salud económica. Ya quisieron obligarla a revalorizar su fuerte divisa, que les arrebatava mercados en todas partes del mundo, y ahora quieren sacarle fuerzas de su territorio.

En las tres zonas señaladas existen fuertes compromisos para los Estados Unidos, pero también los hay en otros lugares que implican desde Tratados formales hasta distintas formas de acuerdo que comprenden diversos grados de ayuda militar y económica o simples apoyos diplomáticos. Esta acción abarca a 43 países y supone 79.000 millones de dólares anuales, lo que equivale a más de dos veces y media la totalidad de los gastos de defensa de todos sus aliados, que suman 29.000 millones de dólares. Esos gastos representan un 9,2 por 100 de su presupuesto, frente al 3,8 por 100 de la Alemania Federal, al 4,34 por 100 de Francia o al 0,9 por 100 de Japón, las cuales dedican el fuerte de sus gastos al bienestar nacional y todavía su tendencia es reducirlos. Aun desescalando la guerra de Vietnam, Estados Unidos no espera que sus gastos en este aspecto bajen de los 70 millones de dólares, por las grandes inversiones que entrañan los nuevos armamentos, y esto sin contar el proyecto *Sentinel* de misiles antibalísticos, que él solo costaría la cifra

anterior y que si los Estados Unidos y la U. R. S. S. no se ponen de acuerdo, mucha gente, entre ella el Pentágono, cree tendrá que construirse para hacer frente a la amenaza china, que en 1968 hizo estallar su primera bomba «H» y dentro de tres años tendrá el vehículo que la transporte. Las necesidades aludidas incluyen una Marina nuclear modernizada, nuevos aviones y armas para las Fuerzas aéreas, nuevas armas y vehículos para el Ejército de Tierra, misiles atómicos de cabeza múltiple, iniciación de la construcción del sistema de misil-antimisil citado y utilización del espacio con fines militares, en la cual la U. R. S. S. parece haberse adelantado.

Esta creciente demanda de unas inversiones que parecen no tener límite se juntan con una demanda creciente interior de bienestar en todas las capas de su población que reduzcan tensiones y que alcanzan, a su vez, unas cifras astronómicas. Se impone al presidente la tarea de poner un freno a las primeras, y para eso ha de buscar un acuerdo para limitar la carrera de armamentos o bien conseguir que sus aliados acepten un peso mayor en la defensa del mundo occidental. Ninguna de ambas perspectivas es optimista, y esto da lugar a otro problema que aparece como un fantasma en las mentes de los ciudadanos norteamericanos y de su Gobierno: el valor de su dólar amenazado por la terrible inflación. En un año los precios han subido un 7 por 100, y por eso la frase de que hay que cortar gastos se repite en Prensa y en conversaciones, y también se oyen muchas voces aconsejando la retirada de fuerzas y cierre de bases. Hay que atajar—se oye en esas voces—la terrible sangría que supone la defensa de tanta tierra extraña y hay que dejar de ser el gendarme del mundo. Hay que limitar las inversiones en otros países. Hay que hacer que el aumento de impuestos lo sea al mínimo y hay que disminuir el terrible gasto en armamentos y otro problema entonces: el de la no proliferación de armas nucleares, cuya firma encuentra la enemiga del aliado de la primera línea y que obliga en parte a que uno de los primeros actos del nuevo presidente fuera venir a Europa, al tiempo que el máximo enemigo provocaba una crisis calculada en el sensible punto psicológico de Berlín. El otro motivo del viaje es el futuro de la Alianza Atlántica, cuyo compromiso por parte de los Estados Unidos termina en agosto de este año, y el respaldo que estos aliados darán a sus conversaciones con la U. R. S. S.

Los problemas de la inflación pueden, a su vez, repercutir, por los sacrificios que entraña para la población el corte de su espiral, en otro gran problema que durante el mandato del anterior presidente subió a los niveles

máximos en la historia de los Estados Unidos: el de la tensión racial, quedando como Cenicienta en la preocupación norteamericana el problema de Hispanoamérica, necesitada de un urgente impulso para entrar firmemente en el desarrollo que mejore el nivel de vida de grandes masas. La advertencia peruana en este aspecto ha sido un clarinazo.

El presidente Johnson antes de terminar su mandato ordenó a 35 especialistas del Departamento de Estado, del Pentágono y de la C. I. A. el estudio de todos los problemas mundiales que afecten a la política de su nación, para entregarlo a su sucesor. El estudio llevaba diez meses cuando Nixon tomó posesión de la presidencia, y en él tiene parte principal las estrategias a seguir en caso de que se llegue a un arreglo en el problema de Vietnam. Este estudio tiene mucha importancia, porque dado que el presidente, como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, puede ordenar la retirada de fuerzas con una orden suya, de esas estrategias puede surgir alguna de esas órdenes de retirada. Así, las revistas americanas se lanzan a especular o simplemente a preguntarse cuántos serán los países que los Estados Unidos defenderán en 1970 y qué clase de apoyo de los reseñados les darán. Se preguntan también qué bases de ultramar son dignas de conservarse y cuáles las que pueden seguir siendo utilizadas sin fricciones internacionales. En muchas partes la presencia americana cada vez es peor tolerada por sectores de cierta importancia, como recientemente lo han demostrado las manifestaciones hostiles en Turquía ante la presencia de *marines* de la VI Flota, y las voces aislacionistas dicen que los grandes adelantos en medios de transporte y armamento, movidos los primeros por energía nuclear y con capacidad gigantesca, harán innecesarias dichas bases, ya que se podrá operar directamente desde los Estados Unidos. Así, por ejemplo, si se «desescala» la guerra de Vietnam y se llega a un arreglo se podría abandonar la base de Okinawa, con lo cual, además, se daría una satisfacción a Japón. Hay quien ha llegado a decir que en Europa podrían dejarse solamente ocho divisiones en lugar de las 22 que ahora mantienen, junto con la flota de 656 submarinos dotados de modernos misiles nucleares. Con esto se llega al concepto de «Fortaleza americana» expuesto desde hace bastantes años atrás por los geopolíticos norteamericanos pertenecientes a la llamada escuela aérea², lo cual sería relegar a Europa al

² FERNANDO FRADE, *Resumen de la situación geopolítica mundial en los últimos veinticinco años*, "Política Internacional", núm. 100, pág. 18, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, noviembre-diciembre 1968.

concepto de «tierra de nadie». Pueden enviar esas «brigadas de fuego»—estilo bomberos de urgencia—de que hablan en un brevísimo plazo por medio de gigantescos reactores nucleares, pero en un plazo más brevísimo pueden apoderarse las potentes fuerzas de los países comunistas de Europa sin que Norteamérica estime conveniente para la seguridad de su país poner en marcha sus proyectiles y bombas nucleares.

Muchas destacadas voces europeas en el campo de la política y la defensa, y también americanas, se han elevado en todo tiempo frente a este aislacionismo nostálgico. Las últimas que yo he leído son las de Alastair Luchan, director del célebre Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, y la del director del Instituto de Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia, profesor Zbigniew Bazezinsky, aparecidas en la revista norteamericana *U. S. News World Report*³. En pocas palabras, lo que vienen a decir ambos es que los Estados Unidos no pueden salirse del compromiso que tienen contraído con el mundo como su primera potencia, so pena de convertir a aquél en una versión de pesadilla del antiguo equilibrio europeo de poder, esta vez a escala global y con varios participantes nucleares.

Antes de entrar en la exposición de la forma en que el presidente Nixon ve estos problemas y los pasos que hasta ahora ha dado en el camino de su resolución quiero detenerme un poco en la figura del asesor de la Casa Blanca para Asuntos de Seguridad Nacional, a la cual tanta importancia han dado todos los medios de información americanos, considerándolo el personaje clave de la política exterior del presidente.

Henry A. Kissinger, alemán de nacimiento, llegó a los Estados Unidos en 1938, cuando tenía 15 años. Participó como soldado en la segunda Guerra Mundial en el Ejército de los Estados Unidos durante cuatro años, de los cuales uno y medio lo fue en los servicios de contrainformación. Se doctoró en Harvard en Ciencias Políticas, siendo después nombrado profesor en dicho centro y adquiriendo gran renombre. En 1957 escribió un libro muy conocido, *Nuclear weapons and Foreign policy*⁴, en el que señala los peligros de la excesiva confianza en el concepto estratégico de represalia masiva y hace un llamamiento a la adopción de una respuesta más flexible, adopción que

³ *U. S. News World Report*, diciembre, 16, 1968, pág. 31.

⁴ HENRY A. KISSINGER, *Nuclear weapons and Foreign policy*, Harper and Row, New York, 1957. Traducción española: *Armas nucleares y política exterior*, Ediciones Rialp, Madrid, 1962.

hizo Kennedy tres años más tarde bajo el asesoramiento del general Maxwell Taylor. Está considerado como un experto en política de defensa y en asuntos europeos, habiendo asesorado en estas materias, a través de distintos cargos, a los tres últimos presidentes. Con Johnson fue jefe consultivo de política exterior en el Departamento de Estado. Ahora su puesto va a ser mucho más importante, ya que será el personaje clave del Consejo Nacional de Seguridad (N. S. C.), que con Kennedy y Johnson había perdido bastante de la importancia que tuvo con Eisenhower. La idea de Nixon ahora es la de revitalizar este Consejo para que la política exterior no esté sometida a las reacciones personales del presidente y su asesor. (A Mac George Bundy, que ocupaba este puesto con Kennedy, se le llamaba el pequeño departamento de estado de la Casa Blanca.) El desea una política planificada, previo un estudio profundo de la evolución que vayan siguiendo los acontecimientos, y no reaccionar ante éstos de un modo improvisado. Estas palabras de Nixon son las mismas ideas de su asesor personal, expresadas en el libro citado: «Los Estados Unidos necesitan una doctrina cuya misión ha de ser la de evitar ser continuamente sorprendidos. Las armas y los hombres deben estar preparados para hacer frente a cualquier contingencia, y de este modo podrá resistirse la fuerza sin acudir de un modo inevitable a las armas nucleares.»

En esta política de largo alcance, con planes de contingencia bien meditados para hacer frente a todas las emergencias posibles, él es partidario de que debe permitirse a los jefes militares expresar de un modo abierto sus puntos de vista en las cuestiones de su responsabilidad (quizá esto sea un eco de lo excesivamente celoso que es el poder civil americano respecto a sus prerrogativas, imponiendo a veces unos puntos de vista políticos que pueden repercutir en la seguridad nacional).

Su tendencia en política exterior es la de promover una unión más estrecha de la actualmente existente entre los Estados Unidos y Europa, esforzándose en comprender la psicología y las aspiraciones de las distintas naciones que constituyen la última, y muy especialmente Francia y Alemania occidental. Respecto a la primera, resaltó que era precisa una mayor comprensión del nacionalismo francés y que resultaba imposible imponer los designios americanos. Esto va muy bien a la manera de ser de Nixon, que siempre desea convencer, aunque haya de mostrar una paciencia sin límites. Una Europa más fuerte y unida, aliada a Norteamérica y con mayor responsabilidad en la O. T. A. N., parecen ser sus ideas básicas en esta parte del mundo. Respecto

a uno de los problemas principales del país, Vietnam, él ha dicho que está claro que la voluntad americana de seguir envuelta en esta clase de guerra ha disminuído grandemente, ya que no se ha visto su utilidad por ninguna parte. Además, opina que los Estados Unidos no pueden imponer en ese país una estructura política al estilo de la suya, considerando un error el gran aumento de los asesores norteamericanos experimentado en 1961.

Expuestas en este breve esbozo sus ideas, no creo de más hablar del organismo en que él va a ocupar el importantísimo puesto de director del Gabinete de Planificación en materia de seguridad nacional. Me refiero al Consejo de este nombre, que, por lo que hemos visto, va a jugar otra vez un papel decisivo en el desarrollo de la política nacional y militar de los Estados Unidos. La misión de este organismo es la de aconsejar y asistir al presidente en todo lo que se refiera a la integración de la política interior, exterior y militar en relación con la seguridad nacional. Su existencia permite a los demás organismos del Gobierno, especialmente a los militares, cooperar de un modo más efectivo que sin ese nexo de unión en los asuntos relacionados con dicha seguridad y evaluar los objetivos, compromisos y riesgos, de acuerdo con el potencial militar, de modo que esta evaluación constituya la base de las decisiones del presidente y de los organismos que intervienen en estas cuestiones. Ahora bien, lo que diga el Consejo sólo será una recomendación, la cual sólo se convertirá en política nacional cuando sea firmada por el presidente, y por eso he dicho que durante el mandato de Nixon, éste parece será, según los síntomas observados hasta ahora y de acuerdo con sus antecedentes, el verdadero conductor de los asuntos exteriores, lo cual queda confirmado por la misión encargada al vicepresidente Agnew: supervisar y coordinar los programas que se refieren a los problemas urbanos y sociales del país.

Podemos deducir de esta breve exposición también que el Consejo Nacional de Seguridad va a utilizarse en lo que hemos dicho es su misión: determinar los objetivos de la política exterior norteamericana en cada momento y estudiar los fines militares y civiles que están de acuerdo con ésta. Son miembros estatutarios de este Consejo el presidente, vicepresidente, secretario de Estado, secretario de Defensa, el director de Planificación de Emergencia, el director de la C. I. A. y el asesor especial del presidente para asuntos de seguridad nacional. Nixon parece haber modificado esta composición si juzgamos por la primera reunión tenida por el mismo, inmediatamente después

de hacerse cargo de la presidencia, aunque quizá llamara a las personalidades que no figuran en la relación anterior a efectos de asesoramiento. Fueron éstas las que asistieron a dicha reunión: presidente Nixon, vicepresidente Agnew; secretario de Estado, Rogers; secretario de Defensa, Laird; secretario del Tesoro, Kennedy; subsecretario de Estado, Richardson; director de la C. I. A., Helms; jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor (único que no ha cambiado de la anterior Administración), general Wheeler; director de la Oficina de Planificación de Emergencia, Lincoln; comandante adjunto de Vietnam, teniente general Goodpaster, y asesor para asuntos de seguridad nacional del Presidente, Kissinger.

La labor del director del Gabinete de Planificación, ejercida por el asesor para asuntos de seguridad del presidente, es la fundamental del Consejo, ya que él es quien delinea y expone los problemas ante éste y el que dirige la discusión de los asuntos para que se mantengan en la dirección adecuada. Por otra parte, por su cualidad de asesor del presidente, antes de reunirse el Consejo ha tenido las conversaciones regulares propias de su función con el presidente, lo que hace que el último vaya ya con ideas bastantes firmes. La misión principal de este gabinete es la de revisar de un modo constante la política establecida, proponiendo la nueva que aconsejen las circunstancias al N. S. C. Para ello recibe informes y proposiciones de todas las personas y organismos que estén facultados para hacerlo, realizando los correspondientes estudios. En él hay miembros de los Departamentos de Estado, Defensa y Tesoro, de la Oficina de Presupuestos y de la Dirección de Planificación de emergencia. También como elementos asesores existen funcionarios pertenecientes a la Junta de Jefes de Estado Mayor y a la C. I. A., y, por último, cualquier organismo o departamento oficial puede enviar observadores cuando las circunstancias así lo requieran.

Tras esta breve exposición sobre cómo está tejido el entramado que va a llevar la política exterior de los Estados Unidos bajo el presidente Nixon, voy a pasar a lo que propiamente es la materia de este trabajo, y voy a empezar por lo que parecen ser los asuntos que están más en su preocupación y los primeros pasos dados en pos de su resolución.

Dadas sus características mostradas desde el momento de hacerse cargo de la presidencia: sencillez—quizá un poco estudiada—, enfoque racionalista de los problemas y, sobre todo, moderación en la exposición de planes, creo que antes de ser elegido ha pensado mucho sobre los problemas que agobian

a su nación y sus relaciones con las demás potencias mundiales. Además, lo ha visto un poco desde la perspectiva que le daba el ser espectador de los mismos. Por eso lo primero que parece haber pensado es que los Estados Unidos estaban demasiado empeñados en las tierras fronterizas a sus costas pacíficas, en detrimento de las que miran al Atlántico. Dos guerras inabarcables, la de Vietnam y la de Oriente Medio, han permitido a su rival soviético adelantar su influencia en el Mediterráneo, mientras que un asunto poco grato para éste, el ansia liberalizadora checoslovaca, le ha mostrado que no anda muy remiso en usar sus potentes fuerzas convencionales en el caso de que considere debe hacerlo para su seguridad.

Ha pulsado también durante ese tiempo el cansancio del país ante esa guerra, en la que tanto como la seguridad americana juega el orgullo y también los sacrificios crecientes que entraña, hurtados a la edificación de la «gran sociedad» que prometió el anterior presidente. Ha visto, sobre todo, el coste creciente de la carrera de armamentos y la necesidad que también tiene Rusia de detenerla, llegando a la conclusión de que es un momento favorable para negociar con esta potencia la limitación de aquélla y la iniciación del desarme, máxime teniendo en cuenta que ya han empezado a ser tres en la carrera y hasta cuatro si las potencias europeas occidentales tomaran conciencia de su poder y se decidieran a una acción unidas. Esta unión posible desean controlarla los Estados Unidos, como la U. R. S. S. controla la de sus hermanos orientales, aunque no con el mismo sistema, sino con otro más suave, por medios indirectos.

El asunto de la limitación de los armamentos, del que la no proliferación de los nucleares es el aspecto más urgente, es el más importante para los dos grandes y el de más difícil elaboración. Que a la U. R. S. S. le preocupa tanto como a los Estados Unidos—aunque no lo divulgue—se ve en el hecho de que destacados elementos gubernamentales suyos han pedido varias veces a los Estados Unidos el comienzo de cambios de puntos de vista sobre la cuestión. El presidente Nixon, desde el mismo día de su toma de posesión, se hizo eco en su discurso de este llamamiento, diciendo que había que cooperar para reducir esta carga de los armamentos con quienes estuvieran dispuestos a unirse a los Estados Unidos en la discusión. No es fácil, como digo, el asunto, pues su antecesor en la presidencia no pudo el pasado año llevar a los soviéticos—a pesar de las protestas de éstos—a la mesa de Conferencias para tratar de la limitación en los *stocks* en armas nucleares, y mientras

aquéllos continuaron edificando sus sistemas de misiles, ofensivos y defensivos, llevando la inquietud a los responsables de la defensa norteamericana en lo que se refiere a la construcción de su sistema defensivo de ese tipo y a que tan reacios hemos visto se muestran por su enorme coste.

La idea de Nixon, expresada en sus discursos anteriores, parecía ser la de crear un vacío nuclear y negociar desde una posición de fuerza, y uno de sus primeros pasos como presidente ha sido aprobarlo—en forma más o menos modificada, pero aprobarlo—, a pesar de los muchos opositores importantes que ha encontrado. Yo creo que, aparte de las protestas de que es muy caro e inútil, la crítica se basa en que no es posible conseguir superioridad en todo y basta con que en el conjunto la haya, so pena de que las conversaciones se dilaten indefinidamente, buscando ambos interlocutores esa posición de fuerza que reclama Nixon. En el momento actual parece haber paridad en el número de misiles basados en tierra y superioridad norteamericana—en calidad y cantidad—, en el de submarinos portamisiles y aviones de bombardeo estratégico—aludir a estos medios se contradice, entre paréntesis, con restar importancia a las bases situadas en territorio español—. También, según el secretario de Estado, Laird, el sistema antibalístico citado, el famoso *Sentinel*, además de proporcionar mayor seguridad frente a un ataque ruso o chino con ingenios nucleares, reforzaría la posición americana en unas futuras conversaciones con Rusia sobre el desarme. El meollo de la cuestión está en que, a pesar de las citadas protestas y de las que aluden a los peligros que iban a arrostrar las ciudades donde se colocaran, la Junta de Jefes de Estado Mayor y el secretario de Defensa saben que Rusia está construyendo el suyo, y algo han de hacer ellos.

En este punto creo conveniente dar una idea del primitivo proyecto y del aprobado por el presidente. El proyecto completo consiste en una serie de radares de largo alcance situados en las fronteras septentrionales de América y otra de complejos antimisiles dotados de dos clases de proyectiles antimisiles: unos de gran techo, los llamados *Spartan*, capaces de interceptar cabezas de guerra a unos 1.000 ó 1.300 kilómetros de altura, y otros, los denominados *Sprint*, de alcance de unos 40 kilómetros y gran velocidad, destinados a interceptar a los misiles que hayan conseguido atravesar la red anterior. Todos ellos se disparan desde posiciones enterradas y se pensaba que en los complejos citados hubiera dentro de cinco años 360 *Spartan* y 670 *Sprint*. Sólo uno en las cercanías de Boston comenzó a levantarse, pero su construcción se

interrumpió por la anterior Administración ante la ola de protestas. El coste del proyecto «flaco» era de cinco mil a diez mil millones, y respecto al del completo, las cifras que dan los comentaristas americanos oscilan entre cuarenta mil y cien mil millones.

Con el proyecto que ahora llaman *Salvaguardia*, si consigue el presidente que el Congreso lo apruebe, aparte de ser un gran triunfo permitiría que las conversaciones con los soviéticos se llevaran a cabo—dentro de seis meses, dicen algunos—, aunque para eso quizá quiera haber llegado antes el presidente a un acuerdo con sus aliados europeos, mostrando un frente lo más unido posible, y a alguna forma de solución en el conflicto de Vietnam, cuestiones ambas más importantes que el proyecto citado. Las crisis checoslovaca, la de Oriente Medio y últimamente la sobrevenida con China creo yo han acelerado este proceso hacia las conversaciones y contribuyeron en no pequeña medida a que el presidente Nixon buscara éstas, previo intercambio de puntos de vista con sus aliados, y por eso se decidió tan rápidamente a su viaje. Todo lo que tenía que decirles ya lo tenía bien meditado y tratado con sus asesores, pues él no es hombre de improvisaciones. Lo único que tendría que hacer es acomodar sus argumentos y actos a los hechos imprevistos—siempre posibles, como la disputa franco-inglesa reseñada y los obstáculos a la elección del presidente alemán en Berlín—que se sucedieran.

Para entender un poco el tono de esas posibles conversaciones, en las que tratarían no sólo los problemas que las enfrenta, como el citado de la carrera de armamentos, sino todos los que abruma al mundo con mayor fuerza y cuyo mayor peso cae sobre sus espaldas, hay que situarse en la actitud fundamental de cada una. La de Norteamérica y sus aliados ha sido fundamentalmente defensiva y de contención de la expansionista política mostrada por su rival a partir del final de la Segunda Guerra Mundial. Ellos nunca intentaron apoderarse de territorio de nadie y mucho menos del asignado como zona de influencia a su rival en Yalta. La de Rusia y China ha sido agresiva, y por esa agresión hemos visto nació la O. T. A. N., el C. E. N. T. O., la S. E. A. T. O. y todos los demás tratados tejidos por Norteamérica en el mundo. Nixon entiende entonces que la solidaridad mostrada entonces a causa del temor común—a este temor se refería en su primer discurso al llegar a Europa—se ha deteriorado grandemente hasta el momento de su acceso a la presidencia y entiende también que esa solidaridad puede ser un respaldo muy grande en sus conversaciones, máxime en un momento en que numerosas naciones del bloque comunista: China, Albania, Yugoslavia, Checoslo-

vaquia y hasta Rumania, muestran que el sistema no es tan monolítico como se creía.

En este contexto Alemania y Oriente Medio son regiones de vital importancia, a las que Estados Unidos y también Francia y Gran Bretaña conceden la máxima atención.

Una de las bases de esta situación es la conciencia que Alemania está tomando de su poder y el recelo con que enemigos y aliados lo ven. Esa conciencia la ha llevado a no firmar el tratado de no proliferación de armas nucleares y a elegir a su presidente en la ciudad que ningún alemán ha dejado de pensar es su capital, Berlín, a pesar de la oposición y amenazas soviéticas y de las del satélite oriental alemán. Entre paréntesis, después de celebrada dicha elección hay que pensar que las amenazas tendrían alguna otra finalidad, pues en nada se tradujeron, salvo en una aparente pérdida de prestigio comunista. Tan firme debió encontrar Nixon la posición alemana o tanto le interesaba dejar buena impresión en esta nación, que uno de sus dos únicos discursos lo fue en dicha ciudad (el otro lo fue en el Cuartel General de la O. T. A. N., queriendo dar a entender que para él todos sus aliados europeos eran iguales). La cuestión de esta negativa alemana a firmar dicho Tratado tiene su fundamento en el hecho de que Alemania teme que el uso pacífico de la energía nuclear se convierta en un monopolio de las dos grandes potencias y ponga límites a su desarrollo industrial. Por otra parte, también teme la injerencia de la U. R. S. S. en sus asuntos por medio del chantaje nuclear, y muchas seguridades tendrá que darles Nixon para que no puedan sentirse indefensos en la primera línea que ocupan pensando que América no crea necesario para su seguridad usar de sus armas nucleares o ante cualquier posible acuerdo U. S. A.-U. R. S. S. Claro que esto no preocupa sólo a Alemania, sino a otras potencias europeas, principalmente Francia e incluso Inglaterra, a pesar de sus relaciones especiales, pues un acuerdo U. S. A.-U. R. S. S. podría ser un monopolio económico mundial e impedir la integración europea. Claro que en esto De Gaulle piensa que la integración inglesa en Europa supone el establecimiento de una cabeza de puente americana en una Europa unida, que ya no sería árbitro independiente entre los dos grandes, sino colonia de uno de ellos.

Esta frialdad de relaciones Francia-Estados Unidos, que ha acabado en la separación de la O. T. A. N., en la guerra al dólar y en el establecimiento de puentes con las potencias comunistas por parte de la primera, era el primer obstáculo que Nixon iba a encontrar en su viaje. Hay quien piensa que

el incidente franco-inglés surgido de la indiscreción inglesa revelando la conversación privada entre el presidente francés y el embajador inglés Christopher Soames fue provocado por la premeditación maquiavélica del general De Gaulle para que Nixon se lo encontrara en su viaje de reforzamiento de la comunidad euroamericana a que se refirió en su primera conferencia de Prensa después de la toma de posesión. Esta idea de comunidad entre ambas orillas del Atlántico es un *leit motiv* de la política americana desde el final de la Segunda Guerra Mundial y obedece a la ley geopolítica de que quien domina en la orilla de un mar tiende a dominar en la contraria. Kennedy la expresó con el nombre de Comunidad Atlántica y no hizo ningún progreso ni en el aspecto político ni en el militar por obra del general De Gaulle, que la rechazó en el mismo momento de hacerse el llamamiento, lo mismo que la entrada de Inglaterra en el Mercado Común, por no ver una futura igualdad en ambos *partnerships* de uno y otro lado de dicho océano.

Nixon, que sabe esto muy bien, habrá estudiado la cuestión y dado otro enfoque, aconsejado por su asesor Kissinger, el cual se ha referido al tema en un libro titulado *The troubled partnership*⁵. De él son estas frases:

«El hecho es que no podemos retirarnos de Europa. Hay que sustituir la tutela por la igualdad. Uno de los objetivos primordiales de la Alianza es el proceso consultivo. Occidente necesita un objetivo de mayor envergadura: la constitución de la *Comunidad Atlántica*. En ella todos los pueblos que bordean el Atlántico Norte pueden lograr sus aspiraciones.»

Es difícil hoy llevar a cabo esta concepción, porque todavía en Europa quedan muchos resabios nacionalistas. Hace veinte años, fecha en que nació la Alianza Atlántica, la comunidad tenía mejor clima, por el miedo común a una agresión—dice Nixon—. Ahora hay que revitalizarla por una comunidad de propósitos.

No cabe duda que hace veinte años el golpe militar de Praga y el bloqueo de Berlín fueron buenos motivos para el temor. Hoy la invasión de ese mismo país y el «minibloqueo» de Berlín no han conseguido el mismo efecto.

La entrada de Nixon en su viaje fue por la capital que alberga a lo que encarna la comunidad: el Cuartel General de la O. T. A. N. El recibimiento fue todo un símbolo: junto a los reyes y el Gobierno de la nación visitada, los representantes de dicha organización y los del Mercado Común.

⁵ HENRY A. KISSINGER, *The troubled partnership*, Mac Grow Hill, New York, 1965.

En la sede del citado Cuartel General expresó lo que había constituido el motivo de su viaje:

«He venido para trabajar y no para asistir a ceremonias. Para informarme, no para presentar reivindicaciones. Para consultar, no para convencer. Para escuchar, para instruirme y para iniciar lo que yo espero sea un intercambio de ideas y de opiniones permanente.»

Después de veinte años, la Alianza Atlántica debe adaptarse a las condiciones que han traído su éxito y la unidad por un temor común debe sustituirse por una comunidad de propósitos.

Con sólo este trozo de su discurso se ve clara la intención de su viaje: tranquilizar a sus aliados, darles confianza de que las próximas conversaciones que pretende emprender con la U. R. S. S. no van a perjudicar sus intereses y de paso quiere borrarles la imagen de un aliado excesivamente poderoso que impone sus opiniones. Al mismo tiempo, las palabras mágicas alianza, comunidad, atlántica, Europa y América las repite, sabiamente dosificadas, para llevar estas ideas a sus interlocutores.

En otro lugar de su citado discurso dice:

«Es por lo que en su designio original la N. A. T. O. ha conocido un gran éxito en Europa y en América. El Viejo y el Nuevo Mundo, trabajando juntos, han probado que el sueño de seguridad colectiva podía convertirse en realidad. Los lazos que unen a Europa y América no proceden de la contemplación del peligro y no deben ser desatados o fortalecidos al ritmo de las fluctuaciones del miedo.»

Ante esta actitud de tolerancia y comprensión no puede por menos de surgir en la mente la imagen de una Rusia invasora de Checoslovaquia, sin querer aceptar las razones que ésta exhibe para liberar un sistema político-económico ahogado por la absorbencia soviética. En lugar de esto, una visita rebosando amabilidad al que obstinadamente ha negado a la organización militar a la que pertenecía y que le defiende el asiento en su territorio.

Después de Bruselas, Londres, donde para seguir con su efecto tranquilizante lo primero que aludió es a las «relaciones especiales» entre dos países que, al fin y al cabo, están unidos por el parentesco de sangre y lengua. Seguramente allí recibiría amplia información, si no la recibió antes, como algunos comentaristas han apuntado, acerca del incidente entre Francia e Inglaterra, elevado por la Prensa al grado de escándalo. No voy a hacer una historia del incidente sobrevenido a consecuencia de las revelaciones del embajador Christopher Soames tras su conversación particular con el general

De Gaulle ni de los surgidos antes en el seno de la U. E. O., también entre estas dos naciones. Ambos han sido ampliamente divulgados por toda clase de órganos informativos y en otro lugar de este número podrán también leerlas. Lo que interesa es el momento psicológico en que surgieron, justamente antes de la llegada del presidente. Fue una muestra más de la situación interna europea que añadir a la que ya poseía, y muy bien podría haber sido provocada por el general De Gaulle a guisa de advertencia. Yo no digo que lo fuera, porque no tengo más información que la que ambos Gobiernos contendientes han dado a la publicidad, distinta, y las declaraciones que posteriormente, en ruedas de Prensa y entrevistas, han hecho los ministros y jefes de Gobierno de ambas naciones en otros lugares, como en el comunicado hecho al final de la entrevista entre el presidente francés y el canciller alemán y la primera rueda de Prensa de Nixon en Washington. De Gaulle negó simplemente que quisiera sustituir el Mercado Común por una Zona de Libre Comercio, en la que entrarían Inglaterra y otras naciones europeas, y afirmó la necesidad de la Alianza Atlántica, que, según la versión inglesa de las conversaciones, hacía desaparecer, y con ella, la tutela de los Estados Unidos.

Lo que a Nixon le dijeron no lo sabemos. El quiso pasar limpiamente por encima de estas diferencias en su viaje de buena voluntad y no hizo ninguna alusión a la cuestión ni durante el viaje ni al volver de él. Es probable que en Londres hablara con los dirigentes políticos ingleses sobre el modo más acertado de obrar para vencer la resistencia del general respecto a la entrada de Inglaterra en el Mercado Común, que a Norteamérica interesa, y a una cooperación más activa en el seno de la Alianza. Quizá se aludió a un mayor papel de Alemania en los asuntos del Continente, bien unida a América, que provocaría la reunión posterior entre De Gaulle y Kissinger en París, con la declaración-bomba de Strauss. Quizá de la forma de convencer a Francia dándole alguna satisfacción, bien en forma de un acceso a la relación especial de información en materia nuclear de que goza Inglaterra o bien a la dirección de la estrategia occidental en materias de este tipo. Lo que verdaderamente se habló no se ha dicho, pero, indudablemente, los temas generales expresados al principio de este artículo y que preocupan al mundo, la necesidad de que Europa alivie a Estados Unidos en la carga que sobre esta nación pesan en su labor la contención al comunismo y, por supuesto, las diferencias internas europeas dichas serían objeto de revista. Nixon, por su parte, daría seguridades con promesas que no le comprometieran demasiado

en lo que se refiere a apoyo a la decaída economía inglesa, como parte de la característica general de su viaje de tranquilización.

En Bonn esta tranquilización se refirió, en primer lugar, a la continuación de la presencia militar norteamericana en Europa, sin retiradas que afecten a la seguridad mientras en los países de Europa oriental permanezca el elevado número de divisiones rusas ahora estacionadas, principalmente en Alemania oriental. También Bonn pediría que declarara su apoyo incambiable a la reunificación, que Nixon hizo al final de su visita, y el apoyo al Berlín libre. Es indudable que, aparte de estas manifestaciones, el fuerte de las conversaciones estaría en la firma por parte de Alemania del tratado de no proliferación, para lograr lo cual tendría que haber no sólo concesiones norteamericanas, sino soviéticas, y en la de la cuestión monetaria y comercial. Aquí es el único sitio en el que Nixon podía pedir ayuda a su excesiva carga en la defensa de su orden occidental. Respecto a Berlín, dijo la bonita frase de que todos los que aman la libertad, de un extremo a otro del mundo, se sienten berlineses y que su compromiso por la libertad de Berlín nunca ha sido más firme y resuelto que hoy, pero ¿cuándo volverá a ser Berlín la capital de una Alemania unida, a la que todos temen por su capacidad de fortalecimiento? Otra vez el mito de la Alemania eficiente y expansionista vuelve a dejarse sentir. Quizá en Bonn sería donde tuvo que usar al máximo su habilidad diplomática, porque es donde podía sacar más. Más que en París, aunque hay que reconocer que esta capital fue la *vedette* de la visita y donde dirigió las frases de halago más encendidas a su jefe de Estado. Diez horas de conversaciones fueron las que sostuvo con el presidente De Gaulle, en las que a través de una cordialidad recíproca muy grande—tanta, que impulsó a De Gaulle a aceptar una invitación a los Estados Unidos para el próximo año—no se ha traslucido que éste se apeara de sus aspiraciones básicas: creación de una Europa occidental política y económicamente integrada—en la que no tendría inconveniente entrara Gran Bretaña—, con acuerdo de defensa que sustituyera a la actual O. T. A. N. y en la cual, se dice, Francia tendría el liderato. Norteamérica considera a Europa como una zona de poder secundario, no una tercera fuerza, y la ve lejana de su unificación. Esta unificación, por su parte, la entiende, a su vez, bajo el liderato norteamericano y para este liderato Francia es el obstáculo. Las posiciones, como se ve, están muy separadas y las frases amables sólo pudieron crear un clima de mayor comprensión, en especial con vistas a las posibles conversaciones con los soviéticos y en asuntos tales como el de Oriente Medio, el monetario, desesca-

lada de la guerra de Vietnam y seguridades de que en dichas conversaciones no se verían afectados los intereses de las naciones visitadas ni ninguna de Europa, pero no llevar a un cambio profundo en los objetivos de ambos jefes de Estado.

Nada se ha dicho de lo tratado con Cao Ky en su conversación en París y no fue de gran monta lo tratado en Roma; únicamente la visita privada a Pablo VI tuvo un alto contenido simbólico al querer el presidente rematar su viaje dejando en los europeos esta imagen de paz. Paz que no excluye las medidas militares, sino más bien las aconseja, con medidas enérgicas cuando haga falta. Por eso, y contando con las seguridades recibidas de sus colegas europeos, así como aprovechando la situación de crisis en que la U. R. S. S. se encuentra por Oriente y por Occidente con sus compañeros de ideología, nada más vuelto a casa se lanzó, en contra de la fuerte oposición interior, a aprobar el proyecto *Sentinel*; eso sí, modificado en algunos detalles para eliminar algunas de las críticas que ya antes hemos expuesto. No se construirán en torno a las ciudades, sino alrededor de los silos donde yacen enterrados, prestos a dispararse, los misiles intercontinentales «Atlas», «Minutemen» y «Thor», apuntados a objetivos precisos en la U. R. S. S. Todos los años serán objeto de revisión para adaptarlos a los avances U. R. S. S. en este terreno y sobre todo a los chinos, que para dentro de un plazo entre dos y cinco años tendrán sus cohetes intercontinentales a punto. A esto lo podríamos llamar el triunfo de MacNamara después de «muerto», pues fue MacNamara quien estaba empeñado en el proyecto no sólo por motivos de protección, sino también por la fuerza que daría a unas conversaciones con la U. R. S. S. Johnson no quiso ponerlo en marcha por el coste tan excesivo que suponía para tener una mínima eficacia y esperaba que unas conversaciones con los rusos podrían disuadir a éstos de construir su sistema defensivo de este tipo. Los rusos, sin embargo, dieron largas a las conversaciones y mientras iniciaron dicho sistema, hecho que ha obligado a Nixon a poner en práctica el suyo, con la modificación que su astucia política le ha dictado. A pesar de ser un proyecto menor, su gasto se eleva a 7.000 millones de dólares, y si se empieza es seguro que subirá a mucho más, pues frente a rusos y chinos, como se quiere sirva, es poca cosa. Ineficaz y peligroso, como dice el profesor Erskine, además de carísimo. Mentalidad de «línea Maginot», han dicho otros; de superaseguramiento, dirán muchos. Levantará las iras de la U. R. S. S. y no se celebrará el diálogo tan buscado que traiga la disminución en la carrera de los armamentos que desangrará al país, asegurarán

otros. Nixon, por el contrario, habrá pensado que es un espolazo a los soviéticos, obligándoles a detener la carrera en un momento en que se encuentran solicitados por tensiones en el exterior y en el interior, estas últimas obedeciendo a las mismas causas que en los Estados Unidos, los excesivos gastos, pero agrandadas por una población que ha comenzado a gustar lo que es vivir bien y desea vivir aún mejor.

¿Podemos saber algo de lo que tratarían unas conversaciones entre los dos grandes del mundo? De ello podríamos sacar alguna deducción sobre la situación y ver la fuerza que da al presidente americano, si es que le da alguna. Algo se ha dicho sobre el asunto. Se ha dicho que comenzarían a nivel de trabajo y versarían sobre cinco zonas principales, que podrían ser más si las circunstancias del momento mundial lo exigiesen:

Carrera de armamentos.—La más urgente, por los sacrificios que entraña para ambos, versaría sobre la carrera en proyectiles balísticos intercontinentales, en cuyo número la U. R. S. S. espera alcanzar a su rival el próximo año; sobre la construcción de submarinos portamisiles y sobre la de misiles de cabeza múltiple, respecto a la cual la U. R. S. S. no admite inspección.

Oriente Medio.—Los árabes siguen hostigando a Israel y la U. R. S. S. no está muy segura de que sus protegidos tengan éxito. Estados Unidos podrían cooperar con la U. R. S. S. en que el encuentro no se produjera, pues ambos podrían verse envueltos en el mismo y la U. R. S. S. no lo desea, por sus crecientes preocupaciones en los otros lugares dichos. Lo malo es que aquí los Estados Unidos no tengan éxito aconsejando a su protegido Israel y éste, si ve un momento propicio, se vuelva a lanzar, bien como medida preventiva o para alcanzar un objetivo moral que hunda a los árabes. Podría ser Damasco.

Vietnam.—Aquí puede ayudar a los Estados Unidos la creciente fricción ruso-china. Una disminución en la ayuda de tres millones de dólares que da a Vietnam del Norte, frente a otras ventajas que puede dar América, principalmente en mantener a raya a Alemania occidental. El fracaso de evitar que la elección de presidente se celebrara en Berlín, a pesar de tanta amenaza proferida, ha sido muy grande y ha repercutido en el prestigio de la U. R. S. S.

Europa.—La U. R. S. S. desea llevar a los Estados Unidos y también a Alemania a un acuerdo que le permita asegurar su vacilante situación en lo que muchos comentaristas americanos, con palabras de acción psicológica, llaman su imperio europeo—los chinos cargan la nota y llaman a la parte que reivindican imperio de los nuevos zares—. Esto tiene otro aspecto, que es el quinto de los enumerados:

Cooperación económica.—Acuerdos con Estados Unidos y con Alemania que les permitieran importar la técnica de estos países en gran escala y así poder modernizar de un modo rápido su sistema económico, ineficaz a pesar de las variantes introducidas a los supuestos económicos del marxismo, como se ha visto muy claro en Checoslovaquia. Sus obreros no trabajan duro si no pueden comprar lo que quieren y la productividad ha bajado en los últimos años un 13 por 100.

Indudablemente, de esta pequeña exposición se deduce la gran necesidad que la U. R. S. S. tiene de emplear parte de sus ahora enormes gastos de defensa en la industria de bienes de consumo, de los que faltan hasta algunos de los que en sus países satélites existen. Cuba, Oriente Medio y Vietnam del Norte son una sangría que retarda la satisfacción de esas aspiraciones de su población y el «tándem» Kosygin (la productividad económica)-Brezhnev (la fortaleza militar para garantizar el prestigio exterior) trae una nueva tensión al plano político superior. Si hay nueva carrera, los gastos subirán increíblemente y las tensiones en el interior de la U. R. S. S. se harán más explosivas. Esta es la fuerza de Nixon. Es una lucha de tensiones interiores contra tensiones interiores, en las de las que la U. R. S. S., que hasta ahora no había tenido graves problemas exteriores, al contrario que sus rivales, pueden llegar a un grado de peligrosidad desde luego muy superior a las de los Estados Unidos.

Todo esto trae una corriente de deshielo en las relaciones Estados Unidos-Rusia e incluso en las de Alemania-Rusia, pues en este caso la primera puede tender sus cables de entendimiento con China, igual que Pakistán lo hizo, a pesar de pertenecer al C. E. N. T. O., por sus rivalidades con India. Los esfuerzos de Estados Unidos entonces irán a acabar con la guerra de Vietnam, a adquirir una mejora en su posición actual en la zona medio-oriental y aflojar un poco en su ayuda a Europa, haciendo que las naciones que la componen tomen una parte más importante en la carga de la defensa. A eso obedeció la lista de naciones a las que se disminuía su ayuda, entre las que

se incluía la nuestra, por considerarla—injustamente—en el grupo de las suficientemente desarrolladas, y por eso su contestación a la pregunta que un periodista le hizo en su citada rueda de Prensa y de la que la Prensa española se hizo eco cuando comentó dicha rueda. La pregunta fue ⁶:

«Señor presidente, en el Congreso ha habido cierto interés sobre los informes llegados de que un general en el Pentágono ha tomado la iniciativa de hacer que los Estados Unidos reconozcan la existencia de una amenaza a España procedente del Norte de Africa. En su opinión, ¿está justificado ese interés? Y ¿cuál es la política de su administración respecto al esfuerzo de nuevos compromisos de Estados Unidos con otros países?»

El presidente contestó:

«Bien; me parece que en cuanto a compromisos se refiere, los Estados Unidos tienen lleno el plato. Yo no creo, en primer lugar, que debemos contraer nuevos compromisos alrededor del mundo, a menos que nuestros intereses nacionales se encuentren implicados vitalmente. Segundo, no creo tampoco que debemos vernos envueltos en las querellas entre naciones de otras partes del mundo, a menos que se nos pida y a menos sea vital para nuestros intereses. Ya me he referido a ello antes al hablar de las querellas y divisiones en Europa occidental. Respecto al informe del general sobre las bases españolas, ningún compromiso hay todavía. Mi punto de vista es que no debe hacerse ninguno, aunque, por supuesto, lo analizaremos para ver si nuestros intereses vitales me exijan reconsiderarlo.»

Con el respeto debido al buen crédito que merece el presidente Nixon, por su puesto tan elevado y de tanta responsabilidad y por sus reconocidas buenas cualidades, me creo en el deber de hacer algunas puntualizaciones a su declaración. En primer lugar, no sé a qué querellas se refiere. El periodista no expresó la amenaza concreta procedente del Norte de Africa, pero a nadie se le ocurre considerarla como originada en una querella particular entre naciones. Todo el mundo ha pensado siempre que esa amenaza, de deberse a alguien, se debería a la Unión Soviética, ya que por cualquiera de las naciones norteafricanas no van a tener los Estados Unidos una base de submarinos «Polaris» ni otras de bombardeo estratégico. Respecto a si el aseguramiento de la zona del estrecho de Gibraltar es vital para los intereses de los Estados Unidos o no, también es obvio. ¿No lo es la de Suez, que está más lejos de su territorio, o la del canal de la Mancha? ¿Es que para

⁶ *U. S. News World Report*, march, 17, 1969, pág. 76.

considerarla vital precisa que los soviéticos hayan llegado al extremo del Norte de Africa?

En un segundo lugar está la frase que tantas veces repite de no meterse en compromisos, a menos que sus intereses nacionales se encuentren vitalmente implicados. Caso de considerarse el estrecho de Gibraltar como zona de la máxima importancia, España, con la aportación de una parte de su suelo y su costa, ¿se sirve a ella sola o sirve a Europa, a los Estados Unidos y a todo el mundo libre? Los acuerdos sobre las bases se hicieron por el vacío con que se encontraba la O. T. A. N. a su retaguardia, que había que llenarlo de alguna forma. Ha sido sincero esta vez Nixon, aunque quizá su frase obedeciera a un regateo político, porque entonces quiere decir que los Estados Unidos no harán ningún esfuerzo si no ven afectados sus intereses vitales. Esto vale para España y para los países de Europa que forman parte de la O. T. A. N., y quiere decir entonces, como tantas veces han dicho los políticos y estrategas franceses y temen los alemanes, que Estados Unidos no utilizará el arma nuclear para defender a Europa si no se consideran amenazados vitalmente.

Es cierto que para los Estados Unidos supone una carga muy pesada estar dispuestos a actuar en cualquier parte del mundo con las armas que sean precisas. Es la servidumbre del poder y de la responsabilidad histórica de este momento de su vida. No son ellos los que defienden a sus aliados y amigos, sino que, en última instancia, con la ayuda de éstos se defienden a sí mismos. Hoy día la lucha está entablada a escala global y no pueden eludir el reto lanzado por el comunismo a la forma de vida que ellos propugnan. Tienen que tener muy presente que el comunismo no ha renunciado a sus sueños de revolución mundial, y si ahora el soviético y el chino luchan por la capitania de esa ideología y se encuentran en un momento de crisis interna o de crisis de crecimiento, con sus tensiones agudizadas en el interior de sus naciones y en el del conjunto por acciones mutuas, lo que hay que hacer es explotarlas y no replegarse a la tentación de distender la lucha. Eso sería bailar al son de los acontecimientos y no de adelantarse a ellos. Si sucediera al revés, los rusos o los chinos se lanzarían sobre lo que queda del Continente, convirtiendo a todas las naciones libres en Checoslovaquias añorantes de su libertad perdida. Esto no es una buena política ni está muy de acuerdo con las cualidades de previsión y cautela que se atribuyen al nuevo presidente. A ellas debe unir la de visión política a largo alcance y la situación de nuestro país entre Europa, Africa y América la merece.

Para cuando este trabajo vea la luz, la cuestión de las bases en España quizá aún no se haya resuelto. La campaña en Norteamérica previniendo nuevos compromisos exteriores es muy fuerte, aunque quizá sea éste un medio para adquirir barata una mercancía que interesa. Sin embargo, yo creo que al final habrá acuerdo, pues no me imagino que el presidente Nixon ni ningún americano consciente y conocedor de los problemas mundiales—ahora creo conveniente recordar la frase antes citada de Kissinger de que los Estados Unidos no pueden retirarse de Europa y ésta sin España no es Europa—se decida a decir de un modo definitivo: «Quédense con las bases, señores, que a nosotros no nos interesan...» Si no les interesaran, no habrían esperado los seis meses de prórroga estudiando y considerando el asunto. En todo caso, somos los españoles los que podríamos decir: «Si no les interesan de verdad, déjenlas...»

Los vientos que soplan de China y los que han soplado de Checoslovaquia quizá hayan inducido a muchos espíritus simples y poco lógicos a pensar que el peligro se aleja de Europa occidental. Esto sería desconocer las motivaciones profundas de la Historia. Con los zares y con el comunismo, su aspiración más irrefrenable es acceder a los mares templados de la periferia eurásica, y ahora que se siente la potencia más fuerte de Europa no habrá dejado de acariciar la idea de ejercer su influencia preponderante sobre ella. Puede llegar a su meta a caballo del Mediterráneo, como hicieron los antiguos cartagineses, árabes y turcos, sin conseguir su aspiración de las dos orillas de *Mare Nóstrum*. (Desde luego, lo que sí es cierto es que Europa no va, como Roma, hacia Oriente y por eso no es fácil prescindir de la tutela americana, correspondiéndose con la frase de Kissinger.) Ha salido del mar Negro aprovechando las circunstancias desgraciadas motivadas por la creación del Estado de Israel, y cuando se presenten otras oportunidades las aprovechará para seguir Mediterráneo adelante, mucho más si sus rivales lo dejan desguarnecido. Ya comenzó Francia saliéndose de la organización militar de la Alianza, y ahora si se produjera un vacío en el estrecho de Gibraltar sería verdaderamente peligroso. Marruecos, por su condición de país árabe, no podría cumplir la misión satisfactoriamente. Es decir, que no somos nosotros los que necesitamos de Europa o de América más que ellos necesitan de nosotros. Ellos mucho más, ésta es la verdad objetiva, y lo saben, pero hay que reconocerla a la hora de hacer tratos con España.

FERNANDO FRADE.